

Misael Moya
Méndez

*De Villaverde
a Carpentier: una ruta
para la edición crítica
en Cuba**

H

abiendo seleccionado una biblioteca que se aproxima a los ochenta mil títulos, de los cuales cerca de doce mil quinientos son obras cubanas,¹ al revisar a fondo los últimos cincuenta años de publicaciones nacionales en formato de libro —esto es, entre 1953 y 2003—, encontramos que la edición crítica en Cuba parece moverse en una ruta que parte precisamente en 1953 de Cirilo Villaverde, con la labor editorial que firmara Esteban Rodríguez Herrera de la novela *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*, y acaba en otro gran novelista, Alejo Carpentier, con la edición crítica de *El camino de Santiago*, que publicara el pasado año 2002 la doctora Ana Cairo.

Así, moviéndose de Villaverde a Carpentier, que es como decir de los grandes escritores cubanos del siglo XIX a los más significativos del XX, pasando una y más veces por la obra diversa de José Martí, se ha conducido y tal vez se pudiera seguir conduciendo la edición crítica en Cuba.

Esta reciente edición de *El camino de Santiago* de Alejo Carpentier, aúna méritos numerosos. Sin duda, es propósito de la ocasión ofrecer los supuestos filológicos para el mejor estudio cien-

* Ponencia presentada en el Coloquio Internacional sobre Ediciones Críticas «El Hombre y su Tiempo», Centro de Estudios Martianos, La Habana, 21 y 22 de octubre de 2003.

¹ La investigación fue realizada en la Biblioteca Provincial Martí, en la ciudad de Santa Clara. Los datos exactos —tomados del muestreo estadístico más reciente, el del mes de abril de 2002— suman un total de 70 679 títulos, de los cuales 12 481 corresponden a obras de la literatura cubana. La pesquisa se desarrolló fundamentalmente en dos salas: la Sala de Literatura y la Sala de Fondos Raros y Valiosos, que atesora la bibliografía cubana más antigua.

tífico de la obra, satisfacer los requerimientos mínimos e incluso máximos necesarios al efecto. Así, el libro comprende una necesaria Presentación, en castellano y en gallego, escrita por el director de la Cátedra de Cultura Gallega, donde se parte de la circunstancia de jubileo que significa el festejo del décimo aniversario de la Cátedra y el venidero centenario del nacimiento del escritor, se resalta el valor del empeño editorial realizado y ofrecen obligadas gratitudes. Comprende también un estudio de la editora —necesariamente extenso, y, por extenso, dividido en diecisiete apartados sucesivos marcados con números romanos— que aborda aspectos de la biografía del escritor, las características del primer manuscrito del relato, la aventura del título, las resonancias de la obra una vez publicada y vuelta a publicar, y donde se incita incluso al examen de interesantes hipótesis en relación con la concepción y escritura del texto.

Completan la edición una bibliografía selectiva de *El camino de Santiago*, preparada por la bibliógrafa cubana Aracely García-Carranza; un apartado titulado «Precisiones sobre la edición crítica», también de la mano de la doctora Cairo, donde principalmente se aclaran las problemáticas en las que hubo de centrarse su labor filológica, a saber: «el cotejo del texto, básicamente, con la primera edición de *Guerra del tiempo*», el «establecimiento de una jerarquía cualitativa en el sistema de notas» y «la elevada cifra de referencias históricas y culturales»; también una sección titulada «Relecturas», con textos breves del propio Carpentier o fragmentos de entrevistas que concediera el escritor; luego una sección de «Anexos» que contiene datos accesorios indispensables para la contextualización, organizados en forma de gráfico, tabla o cronología; y un apartado final a manera de epílogo, y con título propio, que lleva la firma de otra destacada filóloga cubana, la doctora Graziella Pogolotti.

Una obra, una edición, en fin, con virtudes que no alcanzaríamos a reseñar con toda justeza.

Mirando atrás, a la edición que realizara Esteban Rodríguez Herrera de la obra de Villaverde, y que fuera publicada en La Habana por la Editorial Lex en el significativo año de 1953 —labor temprana que acaso pueda contener algún mérito fundacional para la experiencia nacional nuestra—, vemos que contiene valores que también merecen ser reseñados, para con-

siderar justamente ambas obras dentro de una tradición signada por la calidad.

En primer lugar, depura y anota tanto el prólogo del propio Villaverde como el cuerpo de la novela, ofrece una bibliografía debidamente clasificada y presenta un estudio crítico preliminar muy serio, donde se consideran no solo los aspectos específicamente textuales de la obra, sino también los literarios. Es así que incluye análisis de los cuadros de costumbres —y maneja elementos para fundamentar el carácter costumbrista en la novela—; aborda el argumento, el lenguaje y la psicología de los personajes, aspectos del lenguaje del escritor y problemas de naturaleza ortográfica; explica las alteraciones posteriores al texto original basándose en el cotejo de las distintas ediciones que tuvo en cuenta, y agrega un glosario de valor auxiliar.

Polarizar dos extremos, clasificar dos grandes grupos integrados por las ediciones de obras literarias de estos dos siglos XIX o XX, que han sido beneficiadas con un trabajo de edición crítica, acaso sirva no más que ocasionalmente a los efectos de una simple introducción al tema, pero metodológicamente nos orienta en una ruta que pretendemos significar.

En ese grupo de obras del siglo XIX editadas críticamente habría que incluir los diversos textos publicados por los investigadores del Centro de Estudios Martianos y sus colaboradores. Ahí se contarían los trabajos de Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar que dieron origen a la publicación en 1996 de la edición crítica de los *Diarios de campaña* de José Martí; la edición crítica publicada en 2000 por el doctor Cintio Vitier de los primeros tomos de las *Obras completas* del mismo autor; la edición crítica de la novela martiana *Amistad funesta* o *Lucía Jerez*, realizada por Mauricio Núñez Rodríguez y publicada ese mismo año 2000; o la que viera la luz en 2001 de la *Poesía completa* de Martí, que firmaran en conjunto Cintio Vitier, Fina García y Emilio de Armas; y estos, por citar no todos los trabajos realizados, sino solo las ediciones llegadas a la biblioteca seleccionada como campo de investigación.

Incluso podríamos considerar en cierta medida dentro del grupo de las del XIX la edición crítica, inicialmente publicada por Cintio Vitier en 1960 en la Universidad Central de Las Villas pero vuelta a publicar dos años después, del poema *Espejo de paciencia* escrito por Silvestre de Balboa, texto que si bien data

del siglo xvii, no fue hasta 1839, en pleno siglo xix, que se dio a conocer y se incorporó al panorama de la literatura cubana activa.

En el grupo de las del siglo xx, podríamos mencionar el trabajo realizado por Cintio Vitier en 1988, publicado en 1997, de la importante creación de José Lezama Lima, *Paradiso*; la edición crítica realizada en la Universidad Central de Las Villas en 1997 con *Que se pinte de pueblo*, nuevo título dado a un brillante discurso de Ernesto Guevara de la Serna en la propia universidad, labor dirigida a limpiar de errores las ediciones más recientes que circulaban entre el alumnado de la institución; o la edición firmada por Gustavo Guerrero y François Wahl en 1999 de la *Obra completa* de Severo Sarduy, publicada, como la antes citada de José Lezama Lima, por la empresa editorial francesa ALLCA XX, con sede en París.

Al considerar que dentro de una colección de aproximadamente doce mil quinientos títulos de la literatura cubana, han sido hallados en el último medio siglo apenas diez trabajos de edición crítica —lo cual vaticina un bajísimo promedio que no pretendemos calcular—, podríamos concluir sin mayores esfuerzos en lo apremiante de fomentar esta experiencia de trabajo que resulta vital a la investigación literaria de cualquier país. Ha sido verdaderamente escasa la atención de nuestra filología al restablecimiento de los textos tergiversados de nuestra literatura o, simplemente, a la preparación de condiciones textológicas idóneas para su mejor recepción y análisis por parte de todo el público lector, y en especial de los investigadores. Baste que personalidades como el director de la Cátedra de Cultura Gallega manifieste lo necesario de editar críticamente otros valiosos textos de Alejo Carpentier —que al final es solo una de nuestras grandes voces literarias—, para admitir lo apremiante que resulta al resto del patrimonio literario nacional, que agrupa numerosísimas y muy apreciadas plumas.

Algunas conclusiones interesantes, resultado de nuestro rastro y valoración, merecen mención aparte.

Primera. En los últimos cincuenta años las ediciones críticas se concentran hacia finales del siglo xx y principios del xxi, en especial a partir del año 1997. Sólo una de ellas es anterior al triunfo revolucionario de 1959. De ahí podría inferirse sin dificultad que la edición crítica es una categoría de labor editorial que ha encontrado en la revolución un terreno propicio para su

realización, y que tiende a ir cobrando auge hacia los últimos años, como resultado no solo de la concentración de avances lógicos en una institución que como el Centro de Estudios Martianos lleva algunos años empeñada en la mayor empresa de tal naturaleza en Cuba, que es la edición de la obra total martiana, sino porque se ha ganado en conciencia a favor de la necesidad de valorar y estudiar a otros grandes autores.

Segunda. Indiscutiblemente, una institución marcha a la vanguardia en su labor ininterrumpida y es el Centro de Estudios Martianos; de lo cual se deduce que ha sido José Martí el autor más beneficiado con la edición crítica. Asimismo, una figura concentra méritos sobresalientes en la cantidad y la diversidad de trabajos asumidos, y es el doctor Cintio Vitier, cuya experiencia merece ser socializada.

Tercera. Como generalidad, nuestras ediciones críticas se caracterizan por restablecer o por canonizar una versión depurada del texto auténtico, por insertar un aparato textológico y explicativo adecuado a sus funciones auxiliares de diversa índole, y por estar acompañadas de otros textos que, según las circunstancias y requerimientos específicos de cada creación, suelen cambiar, pero que en todos los casos pueden incluir bibliografías, cronologías, cuadros sinópticos con información histórica, glosarios e incluso artículos críticos.

Cuarta. Nuestras ediciones críticas, a diferencia de la imagen importada que ya tenemos,² carecen de *stemma* o árbol genealógico, elemento altamente significativo que de manera gráfica demuestra el modo en que se relacionan o entablan parentesco las distintas versiones publicadas de un texto, y que merece ser atendido en el futuro; pero la ausencia de *stemmas* está justificada por las características y las historias de los mismos textos editados: en ningún caso una obra de tantas ediciones, ni objeto de ediciones *castigata*, *expurgata* o *castrata* múltiples ni de ediciones príncipes o versiones originales auténticas desaparecidas que obliguen al cotejo de demasiadas ediciones, sino que en

² El concepto de edición crítica más generalizado en Cuba proviene en lo fundamental de los autores Oldrich Belic («Nociones elementales de textología», en su *Introducción a la teoría literaria*, pp. 185-195, Editorial Arte y Literatura, Ciudad de La Habana, 1983) y Wolfgang Kayser («Supuestos filológicos», en su *Interpretación y análisis de la obra literaria*, pp. [33]-66, Edición Revolucionaria, La Habana, 1970).

todos los casos se ha podido proceder incluso con un máximo de tres o cuatro versiones principales.

Y tras estas sucintas conclusiones, también algunas recomendaciones elementales se imponen.

Entre ellas la necesidad de que las ediciones críticas, en todas nuestras bibliotecas, obtengan una entrada extra que facilite su recuperación a partir de la categoría editorial; que la Biblioteca Nacional divulgue una bibliografía completa de las ediciones críticas cubanas que sirva de guía a los investigadores que seguramente pronto se sumarán a estas labores filológicas; que se privilegie en todos los casos la declaración del crédito de edición crítica no solo en la portada sino en las cubiertas de los textos, lo cual no se ha seguido en todas las ocasiones, y que se aproveche ese dato también en la divulgación y comercialización de las ediciones.

Hay que fortalecer los vínculos entre las universidades filológicas en nuestro país y el sistema de editoriales del Instituto Cubano del Libro; hay que atender siempre a la hora de reeditar cualquier texto importante de la literatura cubana a si resulta pertinente o no que, cuando menos, sea objeto de una edición anotada que actualice aspectos esenciales en pos de la recepción de la obra: mientras no nos planteemos la pertinencia y la necesidad de una edición crítica, jamás la realizaremos. Hay que fortalecer los planes de estudio de las carreras filológicas en el país, cantera para la formación de personal calificado para la empresa editorial crítica, como está haciendo desde hace algunos años la Universidad Central de Las Villas con la impartición de asignaturas como Edición de Textos I y II, y con la implementación de cursos de estudios de posgrado como diplomados, especialidades de posgrado o maestrías que ya tienen graduaciones en el centro de la Isla, pero resultan vitales a lo largo de todo el país, si bien no todas las provincias están en condiciones de liderar tales programas de formación.

Ahora bien, habiendo llegado al final de nuestro balance, cabe aventurar y hasta defender que la ruta seguida hasta el presente por la edición crítica en Cuba: de Villaverde a Carpentier (de los grandes literatos del siglo XIX a los grandes del XX), es una ruta válida para conducir el futuro, y para regresar una y más veces a la obra de José Martí, inmensa, diversa, agradecida ●